Concepto de adolescencia

04.01 / G633
E1512
COORDINACION DE HUMANIDADES
PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS DE GENERO
BIBLIOTECA ROSARIO CASTELLANOS

Prof. Arnaldo Gomensoro

- Uruguayo.
- Sexoterapeuta.
- Docente del Instituto de Estudios Superiores de Uruguay y de la Facultad de Humanidades y Ciencias.
- Director del Departamento de Información y de Educación de la Asociación Uruguaya de Planificación Familiar e Investigaciones sobre Reproducción Humana.
- Vicepresidente del Comité Regional de Educación Sexual para América Latina y el Caribe (CRESALC).

INDICE

INTRODUCCION

Discusión del término adolescente

¿Qué significa ser adolescente en América Latina?

La desorientación sexual juvenil como síndrome estridente

¿Qué nos pueden aportar la medicina, la psicología y la sociología?

1. Introducción

Empecemos por aclarar, desde el principio, que nuestra visión de los adolescentes y de las adolescentes y de su problemática actual va a resultar, seguramente, bastante distinta de las que suelen manejar los llamados "expertos", "especialistas" o "técnicos" en el tema. Y que, además de distinta, muy posiblemente resulte para muchos casi agresivamente polémica con las posiciones más generalizadas en la materia.

Aclaremos, también, que esta visión diferente no tiene ni remotamente la intención de escandalizar, de "épater le bourgeois", sino que, simplemente, constituye un conjunto de evidencias que se nos han ido haciendo patentes en largos años de trabajo junto a la gente joven y que hoy honradamente, quisiéramos poder compartir con ustedes.

Comencemos, pues, por decirles que en esta ponencia vamos a sostener que el pecado capital de la mayoría de los intentos de aproximación a la problemática juvenil reside en su adhesión, muy poco crítica, a parámetros exclusivamente científico-técnicos. Y vamos a intentar demostrar que, a su vez, la aplicación educativa de esos parámetros científico-técnicos se traduce, necesariamente, en la utilización, por parte de la mayoría de los educadores, de "tecnologías pedagógicas" descolocadas, ante las cuales los adolescentes se demuestran decididamente inaccesibles.

Esta inaccesibilidad es un hecho incontrovertible. Todos coincidimos en que las conductas y las reacciones de los jóvenes y de las jovencitas en esos años romperán abiertamente con las expectativas, generalmente muy ingenuas, levantadas por padres y por docentes y los convertirán, en el proceso de una breve pero radical metamorfosis, en sujetos extraños, herméticos, agresivos y rebeldes o, por el contrario, frívolos y atolondrados; susceptibles como erizos, ausentes como ebrios o exasperadamente torpes y guarangos.

En pocas palabras: los convertirán en el motivo de permanente y honda preocupación de quienes ven así complicarse, en forma alarmante, la ingenua y relativamente clara y definida personalidad del niño de ayer.

Pues bien: adelantando la tesis que iremos desarrollando en el curso de esta ponencia, nosotros vamos a sostener que esta "crisis de los adolescentes", así como las dificultades que experimentan los adultos para comprenderla y para manejarla, sólo se pueden entender en su sentido más profundo *si se reconoce que en la adolescencia es cuando el ser humano presiente, por primera vez, la grandeza y la miseria de poder y de tener que ser libres, de poder y de tener que optar.*

Es decir: la adolescencia no es otra cosa que la época en que se produce el tránsito, que debería experimentar toda persona sana, que la lleva desde la "dependencia" de la niñez, a la "independencia" de la edad adulta; de una vida determinada por los padres y por los mayores a una vida autodeterminada; desde la condición de "objeto" de influjos educacionales extrínsecos a la de "sujeto" de decisiones personales intrínsecas.

O, dicho más académicamente: *la adolescencia es nada menos que la edad del tránsito desde la heteronomía a la autonomía existenciales.* O, para ser más precisos, *debería serlo.*

Ahora bien: esta caracterización nos va a llevar, de la mano, a una segunda evidencia: la aguda problemática que nos plantean los adolescentes no radica tanto en sus naturales y necesarios pujos de liberación, *sino en nuestras resistencias irracionales a facilitar y a encauzar ese tránsito a la libertad.* Como lo decíamos en el acápite de uno de nuestros libros: "Nunca se educó a los adolescentes para que llegaran a ser responsables porque se temió y se quiso evitar que llegaran a ser libres".

Definido en estos términos lo que consideramos el sentido más profundo de la adolescencia, nos parece importante enfatizar algunos hechos de significado trascendente para nuestro tema. Veámoslos uno por uno:

— En primer lugar: *El "adolescente-problema" es un fenómeno propio de esta época. Otros períodos históricos no lo conocieron.*

Antes los seres humanos pasaban de la niñez a la juventud adulta sin período de transición, sin crisis. Se dejaba de ser niño y se pasaba a ser mayor en la medida en que se producía, naturalmente, el pasaje de la situación de dependencia material de los padres a la situación de autodeterminación. Este pasaje coincidía con el ingreso del joven al mundo laboral y significaba el acceso progresivo a la autosuficiencia económica.

Este era el proceso que actualizaban los varones. Las niñas se hacían mujeres no a través de un proceso de autodeterminación creciente, sino de un cambio de dependencias. La joven que se casaba lo que hacía en realidad, era cambiar de dueño, conservando, en consecuencia, su status de minoridad. Este status de minoridad era congruente con el mantenimiento de su dependencia económica.

Es forzoso reconocer que, en vastas áreas geográficas, políticas y culturales de América Latina, esta es aún hoy la realidad concreta. En estas vastas realidades no existen "crisis de la adolescencia".

Ahora, y básicamente en las ciudades, las cosas han cambiado: la capacitación cultural del adolescente (escolar, liceal, universitaria) intercala entre la condición de niño y la de adulto un largo período, de casi diez años, en que el adolescente pasa a ser cada día más "libre" en importantes aspectos de su vida, pero manteniéndose dentro de las dependencias económicas que supone su condición de "mantenido". Pues bien: esta semi-liberación (que es una verdadera pseudo-liberación) y esta semidependencia van a resultar intrínsecamente contradictorias y se van a constituir en fuente de inagotables conflictos.

— **En segundo lugar:** *Tenemos que reconocer que la problemática juvenil se refiere a un sector relativamente limitado de los adolescentes reales.*

Los jóvenes que se han vuelto problema no son todos los jóvenes, sino solamente los de las sociedades occiden-

talizadas, los blancos, los de clase media y alta, los cultos, los metropolitanos, los consumistas.

Tenemos muy pocos estudios al respecto. Pero nos atreveríamos a decir que los otros jóvenes, los menos occidentalizados, los negros, los mestizos, los indígenas, los pobres, los analfabetos, los que viven en zonas rurales, montañosas o selváticas y los marginados del mercado de consumo no sufren de similares "crisis de la adolescencia".

Revisando críticamente la literatura al respecto, nos animaríamos a decir que la llamada "crisis de la adolescencia" la han descrito y la han intentado explicar los estudiosos teniendo en la mira no la edad cronológica correspondiente, sino en forma exclusiva y excluyente, la problemática muy selectiva, muy sofisticada y casi aristocrática, de sus propios hijos. Deberíamos, pues, evitar la falsa generalización que supone extender sin más las caracterizaciones correspondientes a todos los adolescentes latino-americanos.

— **En tercer lugar:** *Como lo anotábamos más arriba, antes solo los varones se independizaban y se hacían "mayores".*

Ahora, en cambio, las jovencitas integran un sólo bloque contra-cultural con los varones y aspiran y logran un similar status de "pseudo-liberación", status que las vuelve inaccesibles al pretendido influjo educacional de los mayores.

Ahora sí, establecidas ya las premisas y los hechos que importan, cabe iniciar el desarrollo ordenado de la ponencia, tal cual los organizadores del Seminario lo han propuesto.

2. Discusión del término adolescencia

Nosotros no nos vamos a detener en la aclaración del término en sus posibles significados etimológico o histórico. Sólo nos va a interesar la adolescencia en cuanto "situación-problema". Es decir, nos vamos a ocupar de los adolescentes-problema allí donde concretamente aparezcan como tales.

Y lo primero que vamos a intentar poner en evidencia es un hecho generalmente mal interpretado: la adolescencia no es problema en sí misma, sino que se vuelve problema cuando los muchachos entran a organizar una contracultura que enfrenta contestatariamente sus mayores y cuando los mayores sienten que pierden el manejo de las riendas que les permitían controlarlos educativamente.

Y decimos que este hecho ha sido y es generalmente mal interpretado porque se reduce toda la explicación del mismo a lo que, presuntamente, estaría pasando *"en"* los jovencitos y *"en"* las jovencitas, *sin tener para nada en cuenta lo que está pasando "en" los mayores.*

Dicho de otro modo: el llamado "foso" o "brecha" generacional entre los adolescentes y sus mayores se pretende explicar, comprender y manejar educativamente sólo desde uno de los polos en conflicto, *sólo desde el polo juvenil.*

Pero tendríamos que reconocer que, si la conflictiva que nos preocupa afecta *la relación* entre jóvenes y adultos, lo único razonable sería intentar comprenderla *desde la relación misma*, es decir, desde la doble perspectiva, *entrándonos a preguntar también cómo inciden, en ese conflicto, las actitudes y las conductas de los padres y de los mayores.*

Y aquí una observación polémica que importa: quienes más han contribuído a desdibujar este hecho y su carácter intrínsecamente dialéctico han sido, sin lugar a duda, mis colegas, los psicólogos.

En efecto: han sido los psicólogos los que han descubierto (o "inventado") el concepto clave de "crisis de la adolescencia". Es obvio que, así denominada, la crisis se ubica únicamente "en el adolescente" y no en la relación bipolar con sus mayores.

Pero, además, este enfoque se ha dejado arrastrar por las pretendidas "explicaciones" que surgían de encuadres estrechamente bio y psicogenéticos, sin tener para nada en cuenta que las situaciones-problema que se pretende entender no se producen necesariamente *en todos* los adolescentes (que comparten, en principio, las mismas variables bio-psíquicas propias de la edad), sino, sólo exclusivamente, *en algunos* jóvenes de contextos socio-culturales muy particulares, en los que están también implicados, *como protagonistas principales*, los propios padres y los propios mayores.

En tal sentido, cabe que nos preguntemos: ¿qué nos ha dicho y qué nos dice la bio-psicología de la tan traída y llevada "crisis juvenil"?

Como podremos verlo, lo que nos dice y lo que nos puede decir no es ni mucho ni demasiado esencial.

Se procederá aquí, casi exclusivamente, por la aplicación del método reductivo bio y psico-genético. En general, y salvo la excepción de algún psicólogo no naturalista, podríamos decir que la crisis juvenil ha sido regularmente interpretada *como "no otra cosa" que la superestructura psíquica de una profunda revolución orgánica.*

El traumático despertar sexual, el ingreso en lo que Freud llamó la "etapa genital", con la conmoción afectiva que supone, será, en definitiva, el criterio clave que informará todas las explicaciones.

El otro rasgo típico de esta edad, *el descubrimiento del Yo*, el rompimiento del indeferenciado y sincrético egocentrismo infantil en el desgarrado y desgarrante dualismo "Yo-Mundo" (el llamado "giro ego-reflexivo") también se habrá de terminar explicando, en última instancia, como la repercusión anímica de la conmoción orgánica subyacente: una nueva cenestesia, se nos dirá, que asombra, desazona y abruma al joven y a la jovencita, los arrancará de la proyección en el mundo y en las cosas tan propia de la niñez, para volverlos hacia su cuerpo, hacia su vida interior, hacia su intimidad: hacia su YO.

O sea: la explicación más corriente que la Psicología y la Pedagogía científicas nos ofrecerán de este momen-

to de la vida humana, nos presentará a un joven al que se lo describe, se lo explica y hasta se lo pretende comprender, *sólo en cuanto mero objeto biológico, en cuanto mero individuo bio-psíquico.*

"Explicación psico-somática" —dirá la Ciencia— y creerá haberlo dicho todo. O, si no todo, por lo menos lo principal, lo fundamental, a lo cual todo lo demás podrá "reducirse".

Esto es lo que nos dice del adolescente. Cabe que nos preguntemos: ¿qué nos dice de sus mayores, de sus padres, de los adultos que quedan del otro lado de la brecha generacional?

Pues bien: *nos encontramos con el significativo vacío de que no nos dice nada.* La Psicología, que tanto se ha esforzado por intentar explicarnos el desencuentro del adolescente frente a sus mayores, no hace el menor esfuerzo por intentar explicarnos el desencuentro de los mayores frente a los adolescentes.

Y, sin embargo, la brecha generacional tiene dos lados y, según nuestra convicción cada vez más arraigada, *el lado representado por las actitudes y por las conductas de los adultos resulta mucho más decisivo que el lado representado por las actitudes y las conductas de los jovencitos.*

Pero volvamos a la determinación precisa del concepto mismo de adolescencia.

Nosotros vamos a contraponer a este concepto "científico-técnico" tan unilateral que manejan los psicólogos, *el concepto "filosófico" o, más concretamente, "axiológico" y propiamente "existencial" de la adolescencia.*

Pero aclaremos mejor lo que queremos decir con esta contraposición.

El encuadre científico (o mejor dicho, "cientificista") pretende comprender la problemática de los jóvenes describiéndolos, explicándolos y manipulándolos como "meros objetos" de investigaciones biológicas, psicológicas y sociales. Intenta darnos *un saber positivo sobre cómo son de hecho los adolescentes.*

Nosotros no negamos de ninguna manera, que dicho conocimiento resulte *absolutamente necesario.* Lo que no podemos aceptar es que se pretenda que resulte, también, *suficiente.*

Resulta indudablemente necesario e incluso imprescindible, porque no cabe intentar actuar educativamente sobre los muchachos si no empezamos por conocer, con suficiente rigor, *su realidad tal-cual-es.*

Pero, repitámoslo, un tal conocimiento resulta manifiestamente insuficiente. Y resulta insuficiente porque lo que de los adolescentes nos preocupa y lo que nos debe preocupar sobre todo no es lo que han sido en el pasado y lo que son en el presente, *sino lo que serán en el futuro.*

Es más: pedagógicamente sólo nos interesará su pasado y su presente en la medida en que nos sirvan de trampolín para incidir educativamente en su futuro.

O dicho aún más simplemente: *lo que nos importa de los jóvenes no es tanto "cómo son", sino "hacia dónde van".*

Porque cuando pensamos en términos educativos, lo prioritario pasan a ser los valores, los objetivos, las metas. Porque mientras que a las cosas las explicamos por *sus causas*, a las personas las definimos por *sus valores.*

"Dime lo que quieres, y te diré quién eres".

O sea: el adolescente, en cuanto persona que es (a igual título que el joven, el adulto, o el anciano en cuanto personas que son) se define por lo que quiere. *Su ser se identifica con su querer.*

Ahora bien: lo que venimos diciendo nos ofrece la clave para contestar la segunda pregunta que se plantea en la ponencia:

3. ¿Qué significa "ser" adolescente en América Latina?

De acuerdo a todo lo anterior, dar una contestación supone antes contestar una nueva pregunta: "¿Qué quieren y qué pueden querer los adolescentes latinoamericanos?".

Tenemos que reconocer que la respuesta nos resulta bastante deprimente: para nosotros, *el gran problema es que los adolescentes no saben ni remotamente lo que quieren.*

Pero inmediatamente nos asalta otra duda: *¿Es que los adultos saben lo que quieren?*

Al respecto, nada menos que Albert Einstein pudo definir nuestra época como caracterizada por "una perfección de medios y una confusión de metas". Y Raths, Harmin y Simon, en su libro "El sentido de los valores y la enseñanza", anotan que "la enfermedad común de todos estos niños y adolescentes es la confusión en cuanto a los valores". Y respecto al impacto casi patológico que supone el influjo alienante de "la perfección de medios" de comunicación que hoy bombardean a los adolescentes, dicen:

"Hay otra posible consecuencia: al exponerlos a tantas diferentes alternativas, quizá se dejó al niño y al adolescente *sin ideas* y ellos se concretaron simplemente a *absorber la confusión.* Tal vez la más importante contribución hecha por estos medios de comunicación haya sido *desorientar* la naciente comprensión del niño y del adolescente con respecto a lo que es bueno y lo que es malo, a lo que es cierto y a lo que es falso, a lo que es correcto y a lo que es incorrecto, a lo que es justo y a lo que es injusto, a lo que es bello y a lo que es feo".

4. La desorientación sexual juvenil como síndrome estridente

Dicho en forma simple pero tajante: una sociedad desorientada hace lo único que puede hacer: educar a sus adolescentes en la desorientación.

Luego, a esta desorientación, sistemáticamente inducida por los adultos, la llamamos "crisis del adolescente" y la pasamos a estudiar como un epifenómeno que

se daría en los jóvenes como resultado de su pasaje por "la edad difícil". Con lo cual los mayores nos quedamos con la conciencia tranquila y así podemos soslayar el complejo de culpa que nos invadiría si reconociéramos que lo que estamos haciendo es sacarnos de encima el pesado fardo de la responsabilidad protagónica que nos cabe, desplazándola a la incidencia de factores impersonales bio-psico-sociales que residirían, básicamente, en los propios jóvenes.

Sin embargo, si fuéramos más honestos, tendríamos que preguntarnos si cabe que los adolescentes respondan de otro modo a como lo hacen ante la presión de una sociedad que los condiciona, con todos los recursos de la tecnología moderna, encerrándolos en dilemas decididamente patógenos.

Ahora bien: si reconocemos que el síndrome que padecen los jóvenes, y que es provocado no por los jóvenes sino por los adultos, *es un síndrome de desorientación*, parecería elemental concluír que lo que se impone es *un trabajo crítico y pragmático de re-orientación.*

Es decir, no cabe seguir hablando sin más de "educación sexual", sino, más propiamente, *de re-educación*, y no sólo de re-educación de los adolescentes, sino, muy especialmente, de re-educación de sus padres y de sus mayores.

En varios de nuestros trabajos, hemos desarrollado, con ese expreso propósito, un esquema didáctico de cómo debería plantearse un trabajo serio de re-educación y de re-orientación sexual, asentándolo sobre un triple fundamento:

1. Sobre un conocimiento lo más verdadero posible (y lo más completo posible) de la realidad sexual "tal-cual-es";
2. Sobre una aclaración y una explicitación decisivas del "sistema de valores sexuales" en función del cual estaremos estableciendo los objetivos y las metas de la orientación; y
3. Sobre una estrategia pedagógica suficientemente inteligente y suficientemente pragmática como para que la tarea de re-orientación resulte *eficaz, eficiente y efectiva.*

Con una imágen topográfica que solemos utilizar, diríamos que será necesario tener bien definidos y bien aclarados *el DONDE* estamos, *el HACIA DONDE* queremos ir y *el COMO* llegar.

Pues bien: pensamos que ese mismo esquema nos permitirá contestar la tercera pregunta que plantea el título de la ponencia.

5. ¿Qué nos pueden aportar la Medicina, la Psicología y la Sociología?

Hagamos, al respecto, una precisión previa. Entendemos que, para ser más prolijos, deberíamos hablar de "Biología" y no de "Medicina". Dado que la adolescencia (como cualquier otra etapa de la vida) no es ni implica en sí misma ninguna enfermedad, no nos parece que la Medicina tenga nada importante que decirnos.

Corrijamos, pues, la pregunta, homogeneizando los conceptos implicados. Formulémosla así: "¿Qué nos pueden aportar la Biología, la Psicología y la Sociología?".

Y recurriendo al esquema didáctico propuesto, digamos que lo que esas disciplinas nos aportan, en cuanto pretendidas "ciencias de lo humano", es sólo un saber parcializado, fragmentario y muy relativamente útil de "la-realidad-tal-cual-es", del *"dónde"* estamos parados. Nada nos dicen, en cambio, del *"Hacia donde"* dirigirnos y poco sobre el *"Cómo"* hacerlo.

Víctor Frankl, en su libro "Psicoanálisis y Existencialismo", realiza un análisis profundo de estos aportes y de su esencial insuficiencia. El nos dice que, por su propia naturaleza pretendidamente "científica", la Biología, la Psicología y la Sociología sólo nos dan y sólo nos pueden dar un saber parcializado de lo que él llama *"las limitaciones del ser humano"*. Nada nos dicen y nada nos pueden decir sobre *"sus posibilidades"*.

En efecto y para nuestro caso, esas disciplinas circunscriben su aporte a darnos una descripción y una explicación sectorizada y siempre retrospectiva de lo que el adolescente *es de hecho*. Nada nos aporta ni nada nos podrían aportar respecto de lo que el adolescente *podría llegar a ser* o de *lo que debería llegar a ser*.

O sea: nada nos dicen sobre *el Hacía Dónde* orientar al adolescente ni sobre el *Cómo* hacerlo.

Pero, lo absolutamente indudable es que, para cualquier aproximación seria a la problemática de los adolescentes, *el hacia dónde orientarlos y el cómo hacerlo se vuelven los aspectos cruciales e ineludibles.*

Decía uno de los más grandes pedagogos juveniles, Antón Makarenko: "No se puede vivir sin una perspectiva jubilosa por delante".

Nuestra constatación, que considerábamos lamentablemente depresiva, era que la llamada "crisis juvenil" es, básicamente, una crisis de fe, una crisis de motivación, una crisis de desorientación. Y que esa crisis no es, como frecuentemente se pretende, un rasgo propio de la edad, sino que es la reacción necesaria y previsible de seres que tienen que vivir en un mundo "sin perspectivas". En un mundo al que los mayores, no los jóvenes, hemos vaciado de casi toda posible "perspectiva jubilosa".

Pues bien: es justamente en esa tarea de "vaciamiento" (hoy el "vacío existencial" se ha convertido en uno de los síntomas más agudos de la problemática juvenil) en el que ha jugado un papel decisivo la sistemática exaltación del "conocimiento científico" de la conducta humana, en perjuicio del saber filosófico, que se ha traducido pedagógicamente en el arrogante desprecio de las "ciencias de la educación" por la "filosofía de la educación".

Dicho claramente: el "cientificismo" bio-psico-sociológico ha vaciado el pensar pedagógico de sus componentes axiológicos y éticos y, al hacerlo, ha dejado al trabajo educativo privado de sus valores claves, de sus objetivos y de sus metas.

Es decir: le ha quitado la posibilidad misma de definirse en función de una "perspectiva jubilosa", lo ha dejado sin saber "hacia dónde ir".

Hoy por hoy, a nivel de teoría y de praxis pedagógicas, pasa por ser un anacronismo idealista totalmente obsoleto y poco progresista el pretender centrar la educación sobre sus fundamentos éticos. Consecuentemente, en lugar de la vieja y desacreditada educación "moralizadora", se postula la aplicación pragmática de una tecnología pedagógica derivada de las llamadas "Ciencias de la Educación".

El resultado no podía ser más negativo: al negarnos a reflexionar y a ahondar en los valores, los fines y las metas éticas que deberían guiar nuestra acción educativa y al atrincherarnos presuntuosamente en la mera "descripción" y "explicación" de la realidad "tal-cual-es", hemos consagrado de hecho, a-crítica y anti-críticamente, la vigencia de los valores, los fines y las metas del sistema imperante, como si fueran los únicos a tener en cuenta. *Lo que supone, ni más ni menos, que nos estamos acomodando conformistamente al "statu quo" y proponiendo, como meta educativa, la mera "adaptación" pasiva del educando a un mundo alienado.*

En efecto: cuando los mayores, dominados por esa filosofía cientificista, positiva y pragmática, renuncian a comprometerse en serio, auténticamente, con valores superiores; cuando lo que les muestran a los jóvenes como perspectiva de futuro no es otra cosa que su propia confusión y su propio desorden; cuando de hecho desertan de su condición de guías y de orientadores, no nos puede extrañar que los jóvenes se afilien compulsivamente a los anti-valores que la sociedad de consumo les ofrece como única y seductora alternativa.

Y en relación con esta alternativa, también se impone que seamos más honestos. Porque los que inventan, organizan y lucran con la sociedad de consumo no son los jóvenes, sino sus mayores. Son éstos los "artífices" de la propaganda, de la publicidad, de la moda, de los grandes espectáculos. Y son éstos los que han descubierto que las nuevas generaciones constituyen un mercado extraordinariamente rentable, por su vulnerabilidad, para dejarse seducir por el consumo compulsivo de sexo y erotismo, de tabaco, de alcohol o de droga. Y, consecuentemente, son ellos los que explotan ese mercado y los que recogen y acumulan las ganancias correspondientes.

Ante esta realidad, nos encontramos con que el descarnado conocimiento científico que nos aporta la Biología, la Psicología y la Sociología sólo nos sirve para reafirmarnos en el pesimismo último de todas las explicaciones causales. El fatalismo implicado en el determinismo causal o pluricausal al que se afilian estas disciplinas, así como la búsqueda empecinada de "legalidades" de las que deriva "tecnologías pedagógicas" de posible aplicación estandarizada, nos encierran en el círculo vicioso de la interpretación de un presente alienado como resultado forzoso de un pasado sobre el que no cabe influír. *Y, consecuentemente, nos cierran el futuro y la posibilidad misma de poder construírlo creativamente.*

Nosotros estamos convencidos de que no existe, en materia pedagógica, posibilidad alguna de actuar al margen de una clara filosofía, de una definida "ideología" con la que seamos capaces de comprometernos. Y estamos convencidos de que la pretendida prescindencia ideológica de las llamadas "Ciencias del Hombre" (la Biología, la Psicología y la Sociología) es, en los hechos, adhesión y complicidad con la ideología del sistema. Es consolidación y reforzamiento de esa ideología, y resistencia y oposición a todo cambio y a toda transformación de este presente desgraciado hacia un porvenir que nos abra "perspectivas jubilosas por delante".

O dicho de otro modo: sólo cuando se reconozcan las limitaciones inherentes a todo posible conocimiento científico y científico-técnico de la persona humana, de su ser y de sus conductas, y cuando se ponga ese conocimiento al servicio de objetivos y de metas ideológicas claramente explicitadas y comprometidamente asumidas, podrán los aportes parciales y sesgados de la Biología, de la Psicología y de la Sociología resultar de alguna utilidad para un auténtico manejo pedagógico de la problemática juvenil.